

LLAMADA DE DIOS A LA IGLESIA DE HOY

Reflexiones espirituales para una teología de la Iglesia del Concilio Vaticano II

Un Concilio pastoral no significa solamente un intento de adaptación de la verdad poseída a los nuevos tiempos, sino ante todo, una búsqueda de la llamada de Dios; porque la Iglesia es esencialmente historia. Quizá no sabe el Concilio qué conclusiones y qué reformas realizará; está a la escucha del Espíritu. Juan XXIII al convocarlo intuyó una vocación de lo alto a la Iglesia. La muerte del papa Juan --antes de la cual se escribió este artículo-- no ha supuesto un cambio de ruta, sino que ha hecho ver más claramente su misión providencial.

Gottes Ruf an die Kirche von heute, Geist und Leben 36 (1963), 84-92

Concilio pastoral

Casi todos los concilios han estado precedidos de una situación que reclamaba su convocatoria: combatir una herejía, actuar juntamente en un determinado sentido doctrinal... El mismo concilio Vaticano I formuló muy al principio la petición de la definición dogmática de la infalibilidad pontificia. Pero el concilio Vaticano II nos parece muy distinto por sus condiciones previas. No había en las inmediaciones del concilio problemas dogmáticos maduros para una solución, ni estaba obligada la Iglesia a una acción pronta; a causa de una nueva herejía. Por otro lado, al terminar la primera sesión no se había presentado una necesidad urgente de algún punto doctrinal concreto. Y hemos de pensar que, aunque el concilio llegara a una autoconciencia de la Iglesia y llegara a una definición de sí misma -lo que es el deseo de muchos- con todo parece que esto no sería el tema único y central; porque el horizonte del presente concilio hay que verlo en una nueva toma de posiciones para las que la formulación de un punto doctrinal básico no abarca, ni con mucho, toda su tarea.

El papa Juan XXIII al convocar el concilio abrió todos los caminos. Renovación de la Iglesia, ecumenismo, "aggiornamento", son más una actitud de voluntad y de fidelidad que una temática determinada. En una palabra, como declaró el mismo Papa; este es un concilio pastoral. Muchos han inferido de aquí que la convocación del Vaticano II ha sido una empresa demasiado arriesgada, empezada quizás sin la suficiente reflexión. Pero parece que hay en todo esto una señal de estricto sentido eclesiológico. El hecho de que la Iglesia, intentando dar respuesta a los interrogantes de su tiempo, reflexione sobre sí misma, nos señala uno de los aspectos eclesiológicos más esenciales del Cuerpo Místico de Cristo en continuo crecimiento y renovación vital.

Estructura móvil de la Iglesia

Sucede en la vida de la Iglesia algo análogo a lo que acontece en la vida del cristiano. La llamada de Cristo para realizar de nuevo el evangelio tiene en el cristiano una forma estrictamente personal, aunque todos los bautizados posean una misma fe. y un mismo Señor.

Cada cristiano tiene su vocación personal. Dios llama a cada uno a un nuevo e incomparable camino. Como no hay dos hombres iguales, no hay dos caminos de cristianismo auténtico que sean idénticos. Por esto el cristiano ha de interrogarse continuamente para ir descubriendo su camino. La llamada de Dios no queda fijada de una vez para siempre. Llama siempre de nuevo. Nunca deja al hombre tranquilo y acabado. Le fuerza a una continua reforma; lo cual no supone solamente el paso del pecado al bien, sino que puede suponer cambio de modo y forma de vivir la fe, situándola siempre dentro de la única fe; es decir, vitalizándola en determinados aspectos o formalidades conforme a la llamada siempre progresiva del Espíritu.

De un modo semejante el Concilio se ha encontrado ante la grave pregunta de si la Iglesia como tal -comunidad, jerarquía - está realmente a la escucha de la llamada continua de Dios, que le está indicando el camino para hoy. Esto lleva a otra cuestión más honda. La Iglesia, que es signo de revelación y de verdad, ¿hasta qué punto tiene que sumergirse en la historia, si es que lo debe hacer? Es decir, se trata de ponderar la profundidad que supone en la estructura de la Iglesia el cambio y la adaptación histórica. Frente a esto hay dos posiciones claras.

Iglesia estática y conservadora

La primera posición considera a la Iglesia de un modo abstracto. La Iglesia es ya algo completo que flota sobre las eventualidades históricas. Posee la plenitud de la verdad dada por Cristo que ha de conservar fielmente y hacer llegar a las vidas de todos los hombres con su neto sabor primitivo. La Iglesia en sí misma no conoce evolución y cambio; posee desde su fundación los dones de Dios que hacen de ella una realidad suprahistórica, eterna y cerrada, que sobrepasa el tiempo y se abastece de su riqueza interior.

El hombre cambia, el mundo cambia también, y así en cuanto el hombre es miembro de la Iglesia está sometida ésta a un cambio, no en sí misma sino en sus hombres. Todo cambio se verifica únicamente en el elemento humano de la Iglesia; pero ella en su esencia está sobre la historia; su misión es la de guardar la verdad. La Iglesia es algo acabado, eternamente invariable, por encima del acontecer temporal.

La Iglesia como historia de salvación

La segunda posición no niega la anterior, pero la encuentra incompleta. Además de su esencia divina, cree que hay que mirar a la realidad concreta eclesial. La Iglesia vive en continua tensión entre su perfección definitiva y la siempre defectuosa realización histórica de su misión. No es solamente la conservadora y guardiana de la salvación que nos fue dada en Cristo, sino que en cierto sentido ha de realizar de nuevo esta salvación. Conoce la verdad de Dios, pero no la posee con tal perfección que esté eximida de buscar su comprensión y una nueva forma de predicarla a todas las gentes. Es la única Iglesia, pero ha de ir realizando y plasmando esta unidad en su mundo concreto.

La Iglesia vive en una verdadera historia que le aporta cosas nuevas e imprevistas, y en la que tiene que buscar continuamente los caminos por los que debe cumplir la voluntad de Dios. Su núcleo esencial incambiable se irá encarnando de una forma nueva

sucesivamente en cada tiempo. En realidad así responde al misterio de la unión de la Palabra divina al mundo de los hombres.

Desde este punto de vista el concilio tiene realmente un profundo sentido, aunque no haya sido convocado a causa de una necesidad doctrinal concreta; es el sentido de la encarnación en el mundo de hoy, de la fidelidad a la llamada del Espíritu para realizar un esfuerzo supremo de salvación del pueblo de Dios .que camina hacia su futuro escatológico, realizando plenamente su auténtica historia.

Descubrimiento continuo del misterio cristiano

El hecho de que la historia entre en la misma esencia de la Iglesia, no se opone al dogma de que la revelación de Jesucristo esté concluida. Dios en la venida de su Hijo ha dicho su última palabra, tras la que no sé puede decir otra.

La Iglesia, signo y sacramento de aquella Palabra, es el lugar de la presencia definitiva de Dios; no es superable por otra Iglesia, como ella fue superación de la sinagoga. Por esto la Iglesia no puede claudicar en la realización de su misión esencial, ni traicionar las verdades de Dios. Ha de superarse desde ella misma y por ella misma. Superación y reforma limitada por su misma esencia fundamental, camino hacia su propia escatología gloriosa al final de los tiempos.

Sin salir, pues, de sus límites -establecidos por Cristo- y a los que ha de ser fiel, la Iglesia se encuentra continuamente delante del horizonte imprevisto del misterio de Jesucristo. La palabra que Dios dijo en su Hijo es de una riqueza objetiva infinita. Nos ha abierto la anchura de la realidad divina y la Iglesia puede ir adentrándose en ella paso a paso. Mientras no llegue a su última realidad escatológica, vive históricamente peregrina a todas horas hacia el encuentro de la contemporánea encarnación de la Palabra eterna en el tiempo actual.

De todo esto podemos deducir que la Iglesia no sólo cambia porque varían sus miembros en la sucesión de las generaciones y en la diferenciación de sus formas de fe, dentro de una misma fisonomía querida por Cristo, sino que la Iglesia es en sí misma una historia de revelación. No revela ningún contenido nuevo, sino los nuevos aspectos de la vida interior que ya posee y que bajo la acción del Espíritu se manifiestan como el ahora de su continua historia salvadora. Por ello ha de estar atenta a la voz. del Espíritu Santo, ha de ser obediente alas indicaciones del Dios vivo, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y de Jacob, el Dios de la historia, que pronuncia su palabra nueva a la Iglesia.

Seguimiento de Cristo

La ley del seguimiento individual de Cristo vale también para la Iglesia en cuanto tal. En el curso de su historia está siempre ante nuevas tareas que le son encomendadas de cara a la época determinada en que vive. Está llamada a realizar el seguimiento de Cristo de un modo nuevo, que se centra en alguna de las infinitas formas a que el Señor podía llamarla. Por lo tanto, muchas veces, ni la Iglesia misma sabrá hacia dónde la dirige la voz de Cristo. Llena de sorpresa, en el abandono, difícil y doloroso, de lo viejo, será fiel a la vocación de Cristo. Se pone en camino sin conocer de antemano el fin; con

valor y firmeza en la fe. Pero para que sus pasos estén realmente dictados por su Cabeza, y no sean fruto de su mundanidad sin garantías ciertas, la Iglesia, en cada uno de estos momentos cruciales, debe volver los ojos a su origen, debe mirar al Evangelio y encontrarse vitalmente con Cristo, cuya historia salvadora continúa, para nutrirse de su auténtica fuerza de renovación. De aquí que cada fase de irrupción y de cambio tenga la forma y el querer de una reforma, de una renovación interna a partir del espíritu del Evangelio.

La llamada del momento histórico

Esta llamada a la Iglesia se realiza de modos muy diversos. Resuena dentro de la Iglesia misma. Pero, también, fuera. Son portadores de la llamada las ideas del tiempo, las situaciones, los elementos del momento histórico concreto. La gran tarea consistirá en tener la mirada puesta sobre la revelación de Jesucristo, para distinguir su voz entre las múltiples voces que sé alzan. Dios conduce a su Iglesia, lo hizo siempre. Ella ha de poseer el sentido de la llamada.

Todo ello supondrá a veces mucho tiempo. No es, como antes hemos dicho, una manifestación clara, sino un andar a tientas, sabiendo que el Señor dirige, pero sin saber qué saldrá de todo esto. Cristo puso los cimientos, fundó la Iglesia, la injertó en el devenir de la historia, le dejó su Espíritu para que la asistiera dentro de aquella misma historia, a la que la Iglesia ya no puede dejar de escuchar. La Iglesia ha de estar atenta a los tiempos en que vive porque Dios es el conductor supremo de la historia. Por esto serán necesarios a menudo muchos años para que la historia encuentre la justa respuesta a la pregunta de su tiempo.

Actitud eclesial de escucha

Pertenece a la ley esencial de la Iglesia el que tenga que estar siempre preparada para una nueva marcha. Dios la guía, sin parar, por caminos que antes no ha recorrido. Íntimamente vinculada a la historia de la humanidad, está llamada a ampliar siempre la extensión de su fe en un continuo esfuerzo de renovación. Antes de llegar a la plenitud del Reino Escatológico ha de haber agotado y conocido todas las posibilidades cristianas.

Pero para realizar esta misión con plenitud, la Iglesia ha de ser clarividente, porque puede hablar el Espíritu donde ella no lo sospecha, sin espantarse del dolor del cambio, la mirada puesta en Dios. Cuando algo se le aparezca como nuevo, la fe es para ella, el valor y la libertad completa, capaz de ir a todas partes sin perderse. La novedad, por serlo, puede estar llamada a renovarla también a ella, y por lo tanto la Iglesia ha de tener la disponibilidad interior de abrazarla si la voz de Cristo se lo exige. Iglesia, enraizada en la fe, en el Señor, y por consiguiente serena para esperar, y firme con la seguridad de que todo lo que no viene de Dios, no lleva en sí ninguna vida y se autodestruye sin necesidad de condenarlo.

El conservadurismo que ahora se supera

No se puede dudar de que durante 150 años la Iglesia tuvo delante de sí una idea estática y cerrada de sí misma, descuidando el dinamismo que nace de su esencia abierta siempre a la llamada de Cristo. Frente a una época que presencié el hundimiento de un orden secular y vio surgir la revolución, se creyó que se debía acentuar la esencia invariable de la Iglesia. Durante todo el siglo XIX el pensamiento eclesial fue conservador. Ante las nuevas formas políticas, sociales e ideológicas su actitud fue más bien negativa. No aceptó los principios democráticos, la ciencia moderna y el tercer estado, hasta pasados muchos lustros de existencia. Piénsese además en la terquedad con que perseveraba en formas -recibidas de un tiempo pasado- que se hubieran debido abandonar mucho antes, porque eran obstáculo para la predicación del Evangelio. Cambios que no hubo más remedio que aceptar porque se le imponían desde fuera. La teología de aquella época apenas dejó lugar a la autocrítica. Creía poseer, ya desde antiguo, las soluciones adecuadas para todos los problemas. Si en la Iglesia o fuera de ella surgían nuevas ideas, se las consideraba como peligros contra los que había que protegerse, en lugar de examinar si en ellas podía haber una posible llamada de Dios. Desde esta actitud se tomaron muchas medidas magisteriales. Pero muchas veces se logró precisamente el efecto contrario que se pretendía conseguir; más aún, poco a poco; el reflujo de las nuevas ideas se infiltraba de nuevo en la Iglesia, hasta que se comprobaba que en ellas había una legítima aspiración. Piénsese en el pensamiento de Teilhard de Chardin, a pesar de las medidas que se han tomado contra él.

Por mirar casi exclusivamente los principios inalterables y eternos se descuidaron cosas asimismo necesarias, y quizá se descuidó excesivamente la obligación de la constante búsqueda de la nueva voluntad de Dios.

La inmensa tarea del Concilio

Y éste es precisamente el significado y el alcance del presente Concilio. La Iglesia se ha colocado en posición de búsqueda y de meditación para encontrar el nuevo camino que el tiempo actual exige de ella.

No era otro el objetivo que tuvo el Papa y que manifestó abiertamente en el discurso inaugural, verdadera Carta Magna del plan conciliar de Juan XXIII. Las palabras con que él caracterizó la tarea conciliar, "aggiornamento" "unidad de los cristianos", "renovación", significan aquella búsqueda de los caminos del Señor, a través de una íntima renovación de la vida eclesial, de la predicación y de las instituciones en el sentido del Evangelio. El Concilio debía tener delante de los ojos la revelación de Dios en Jesucristo, profundizarla íntimamente e injertarla en la historia que actualmente vive, para dar la respuesta a las situaciones que han cambiado, a la nueva forma de vida. Juan XXIII sabía que cada tiempo está lleno de las promesas de Dios y que la Iglesia, no puede cerrarse sobre, sí misma, llena de angustia viendo "en el tiempo actual solamente angustia y decadencia", como él lo recriminaba a ciertos profetas de calamidades. El Concilio es ante todo un salto hacia adelante. Hay que hablar al mundo en un idioma que éste comprenda; un lenguaje claro e inteligible. Como se ve, no se trata de una mera adaptación sino de mucho más, de un deseo amplio de reforma en el diálogo interno y en el diálogo con todos los hombres de buena voluntad, para ponerse plenamente al día.

Mirada al futuro

El Concilio es la hora grave en que la Iglesia jerárquica se hace cargo de que hay también para la Iglesia como Iglesia, en cada tiempo, una nueva y única llamada de Dios. Cómo será la estructura del mañana, qué caminos habrá, que seguir, qué tareas concretas tendrá que proponerse y realizar; todas éstas y otras cuestiones se están formulando ahora. Hallarán su respuesta paso a paso. También ésta es la forma de actuar en la Iglesia, cambiante ella misma como histórica que es, sin saber exactamente su futuro, envuelto en la oscuridad de la fe, y atenta a la vocación continua del Señor.

Tradujo y condensó: IGNACIO VILA, JESÚS RENAU